

consuelo ó de desesperacion? Pero ah, que para conocerlo no tengo mas que examinar los efectos que ahora me causa en vida! Espero en vos, divino Salvador mio, que con vuestra gracia me servirá la cruz en vida de regla para vivir, en muerte de fundamento para confiar, y despues de ella de motivo para alegrarme por toda la eternidad. Así sea.

JACULATORIAS. — ¿ Con qué agradeceré á mi Dios los beneficios que he recibido de su infinita bondad? Abrazaré con gusto las cruces, los trabajos con que se dignare regalarme, y beberé gustoso el cáliz de su pasion. (*Psal. 115.*)

Crucificado estoy en la cruz con mi Señor Jesucristo. (*Ad Galat. 2.*)

PROPOSITOS.

1 Estímase mucho la humildad; pero no se huye menos de la humillacion. La humildad es una virtud que tiene su mérito, su esplendor, y da tambien su honra. Por esta razon se precian muchos de humildes; pero sin querer ser humillados, porque las humillaciones son ásperas y oscuras. No solo no hay cosa en ellas que fomenta el amor propio, sino que le aniquilan, y son ponzoña del orgullo; por eso se las mira con tanto horror. No hay devoto alguno que no juzgue de sí que es humilde; pero en llegando por su casa la humillacion, se altera, se inquieta, se alborota; á solo el nombre de humillacion se asusta, se sobresalta. ¿Qué ilusion, qué error si te lisonjeas vanamente de humilde, padeciendo este disgusto! Humillóse, anonadóse á sí mismo Jesucristo, dice el Apóstol; pero se humilló entre los oprobios de que se vió hartó, entre los azotes que le despedazaron las carnes, sobre el afrentoso madero donde espiró. No se llega á ser humilde porque se estime y se ame la humildad, sino porque se ama y se desea la humillacion. Esto es lo que nos quiere significar Jesucristo por humildad de corazón. Y esta importante leccion nos la enseña el Salvador desde la cátedra de la cruz. Nunca pongas los ojos en un crucifijo sin acordarte de aquella muda leccion que da el Señor á sus discípulos: *Discite à me*. No te contentes con oirla; da todos los días algunas pruebas de que la has aprendido; y si quieres algun ejercicio práctico, observa el siguiente. Primero: Nunca defiendas tu parecer con calor, con empeño, con aspereza, con vivacidad, sino cuando el asunto sea de tanta importancia, que no te permita ceder y ser indulgente. Segundo: Cuando te atribuy-

yan alguna cosa que no has hecho, no te escuses ni te justifiques, menos que Dios ó la conciencia te dicten lo contrario. Tercero: Ofrece al Señor todas las mañanas á los pies de un crucifijo todas las humillaciones que aquel dia fuere servido de enviarte, aceptándolas de buena voluntad, y pidiéndole gracia para provecharte de ellas. Cuarto: Mira con ojos cristianos las cruces, los trabajos y los abatimientos; honrando singularmente á las personas afligidas y humilladas, y acreditando con las obras tu estimacion y tu cariño. Apenas hay señal de predestinacion menos dudosa ni menos equívoca que las humillaciones.

2 Ya se ha aconsejado en esta obra, que en el oratorio, ó en el cuarto se tenga un crucifijo, destinado para que nos auxilién con él en la hora de la muerte. Tómale muchas veces en la mano, y suplicale con las mayores veras que te hable desde luego al corazón lo que te ha de decir en aquella postrera hora. Piensa que ya te está haciendo los mismos cargos que entonces te ha de hacer. Ahora te hallas en tiempo y en paraje de remediar muchas cosas; no dilates la ejecucion. Este piadoso ejercicio, repetido algunas veces cada mes, es muy provechoso, y sirve maravillosamente para reformar las costumbres en vida, y para disponernos á una santa muerte.

DIA XXXI.

MARTIROLOGIO.

SAN AMÓS, profeta, en Tecua en Palestina, el cual fué muchas veces azotado por orden del sacerdote Amasias, y despues Ozias hijo de Amasias le hizo pasar por las sienas un baston puntiagudo; y habiéndolo enviado á su patria medio muerto, espiró, y fué sepultado junto á sus padres. (*Véase una noticia de su vida en las de este dia.*)

— LOS SANTOS MÁRTIRES TEÓDULO, ANESIO, FELIX, CORNELIA Y SUS COMPAÑERAS, en Africa.

SAN BENJAMIN, diácono, en Persia, el cual no cesando de predicar la palabra de Dios, fué preso en tiempo del rey Isdegerdes y cruelmente atormentado, metiéndole cañas aguzadas por entre las uñas; y por último atravesándole el vientre con un palo espinoso, consumó el martirio.

SANTA BALBINA, virgen, en Roma, hija de S. Quirino mártir; la cual habiendo sido bautizada por el papa S. Alejandro, despues de haber vencido á su siglo, fué sepultada en la via Apia junto á su padre. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SANTA BALBINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

SANTA Balbina, cuya memoria siempre ha sido célebre en la Iglesia, nació en la ciudad de Roma, hija de Quirino antes gentil, y despues ilustre mártir de Jesucristo. Tuvo la desgracia en sus primeros años de ser educada en los necios delirios de las supersticiones paganas; pero como Dios la tenia elegida para que en la capital del mundo confundiese el error del paganismo como uno de los mas esclarecidos héroes de la religion cristiana, dispuso su divina Providencia los medios que tuvo por convenientes á este fin. Enfermó Balbina en lo mas florido de sus años con tan graves accidentes, que la pusieron en estado de desesperar de todo remedio humano; sentian en el alma sus padres la deplorable constitucion de su hija, á quien amaban con extremo por sus recomendables cualidades; y habiendo apurado todos los recursos de la medicina, noticiosos de los muchos milagros que Dios obraba por medio del sumo pontífice Alejandro, el cual ya se hallaba en prision por la fe de Jesucristo, se condujo Quirino á la cárcel, y postrado á sus pies bañado en lágrimas le rogó se dignase curar á Balbina, espuesta á morir de los habituales accidentes que padecia. Condolido el santo papa de aquella pobre doncella, mandó al padre traerla á su presencia, y ejecutándolo así, consiguió la salud que deseaba con solo imponerla la bolsa de las reliquias que llevaba al cuello. Admirado Quirino de tan repentino prodigio, no dudando por él que era verdadero el Dios que adoraba Alejandro, se convirtió con toda su familia á la religion de Jesucristo. Aunque todos los individuos de la casa de aquel nuevo confesor quedaron convencidos de las verdades infalibles que enseñaba nuestra santa fe, mas obligada Balbina por el beneficio que acababa de recibir, quiso esmerarse en dar pruebas de su firme credulidad, acreditándolo así con cuantas obras recomienda nuestra religion. Conociendo Alejandro el zelo, y fervor que manifestó desde luego la santa virgen en el servicio del Señor, le mandó buscarse las cadenas con que fué preso S. Pedro, las cuales halló á espensas de esquisitas diligencias por disposicion divina, y entregó á Teodora, doncella religiosísima, por órden del santo papa.

Dió muerte en la cárcel de Roma Aureliano, uno de los mas fieros perseguidores de los cristianos, á S. Hermes, ó Hermeto, prefecto de la ciudad, no por otra causa que la de haberse mantenido constante en la fe, inflexible á prestar sacrilegas adoraciones á los ídolos; y habiendo sabido que su hermana Teo-



STA. BALVINA, V. Y M.

dora, con Balbina dieron sepultura á su venerable cuerpo, las mandó prender. Llamó á Balbina el dia siguiente á su tribunal, y preguntándola por su nombre, y por el Dios á quien adoraba, respondió sin alguna turbacion la Santa: *Yo me llamo Balbina, que adoro á Jesucristo, hijo de Dios vivo, que crió el cielo y la tierra, el mar, y cuanto hay en ellos.* ¿De quién eres hija? replicó el tirano. *De Quirino, siguió la Santa, á quien hace poco tiempo mandaste martirizar por el nombre de mi Señor Jesucristo.* ¿Sabes, continuó Aureliano, por qué fué tu padre atormentado? dime la causa de su pasion. ¿Juzgas, respondió Balbina, que aterrada con la injusticia de aquel castigo no me atreveré á referirla por vergüenza, ó por temor? sabe que me sirve de grande honor y consuelo la dichosa muerte de mi padre, quien convencido de la infalible verdad de la religion cristiana, se convirtió á ella con toda su familia, á virtud del prodigio que conmigo obró el santo pontífice Alejandro, sanándome de los accidentes mortales que padecía con solo el contacto de las reliquias que llevaba al cuello, lo que no pude conseguir por todos los remedios humanos. Este fué el motivo porque tú, verdugo miserable, le mandaste quitar la vida: y en cuyo defecto quedando huérfana me acogi á la proteccion de Teodora, hermana de Hermes, nobilísimo senador, al que ordenaste degollar sin otra causa que la de adorar al verdadero Dios, por quien me presento en tu inicuo tribunal á padecer gustosa cuantos tormentos pueda discurrir tu bárbara crueldad.

Cesa, le dijo Aureliano, en tu necedad: porque si sigues tenaz los vestigios de aquellos que han sufrido una muerte tan indigna, yo haré que esperimentes mayores penas, si no te conviertes al culto de nuestros dioses. ¿Por qué, ó miserable, respondió la Santa, llena del Espiritu Santo, y de un valor escensivo á su sexo, precisas á los fieles cristianos á que se separen del culto del verdadero Dios, y le tributen á los que no lo son? Porque nosotros, siguió el tirano, reverenciamos á aquellos á quienes dieron nuestros padres adoracion, no á los que nueva-mente se han inventado. Tus padres erraron, dijo la Santa, adoraron los idolos. Y tú, miserable tirano, é impio, no tardarás en perecer, porque quieres obligar á los hombres á que, dejando al Criador, reverencien á los simulacros sordos y mudos. ¿Quién otro que Jove, continuó Aureliano, es el Criador, á quien los Romanos damos culto? Si éste, replicó Balbina, fué un fornicador, y pésimo adúltero, yo ignoro por qué le llamais Dios. El verdadero ha de ser santo, inocente y limpio de toda iniquidad, y el que le de culto se salvará; pero tú, que á los que

le adoran astigos, y das muerte; ¿como has de subsistir á su presencia? Entiende que cuando Jesucristo venga á juzgar á los vivos y á los muertos, y borre de la tierra á los impíos, e injustos, entonces se alegrarán en su presencia los justos, y los impíos serán castigados perpetuamente en el infierno; y con razon, pues el demonio cegó sus corazones, y los vuestros para que no conociéseis al Criador ni al Salvador: pues si le conocierais, y creyerais en él, le adorariais, y reverenciariais con desprecio de los falsos dioses representados en las estatuas vanas, que son obras de las manos de los hombres.

Oyendo estos discursos el tirano, preguntó á Balbina: ¿De donde te ha venido tanta elocuencia, ó quien te ha enseñado estas cosas? Cristo, hijo de Dios, respondió la Santa: y el Espíritu Santo por su boca en su Evangelio tiene dicho á sus discípulos, que cuando estén ante los reyes y presidentes enemigos, no piensen en lo que han de hablar en aquel tiempo. Si el Espíritu Santo, replicó el tirano, es el que habla por tí, yo haré llevarte al lugar de prostitucion para que huya de tí. Yo creo, espero y tengo por cierto, dijo entonces la Santa, que por ninguna violenta ofensa que se haga á mi cuerpo, se separará de mí el Espíritu Santo teniendo como tengo fijo en mi corazón su amor: de quien huye es de tí, y otros semejantes, porque no habita en los hombres dolosos, y pecadores; ¿pero para qué me canso en reconvenirte, estando endurecido, cuando no te aprovechan los conocimientos, sino acaso para que seas mas atormentado á la vista de Jesucristo, á quien persignes? Deja esa superfluidad de palabras, le dijo el tirano, adora á la diosa Diana, que con su sabiduría condimentará tu elocuencia; pues de lo contrario te daré muerte, porque no me es decoroso raciocinar mas tiempo con una jovenzuela. Deja tú, necio tirano, le respondió Balbina, de rebelarte contra el Criador, deja despues de tantas muertes de los inocentes cristianos tu error, cree en Jesucristo, y confiesa tus delitos, para que puedas salvarte, lo que si no hicieres, sabe por cierto que en breve perecerás por toda una eternidad por la sangre de tantos mártires que has derramado injustamente: por último entiende que jamás me separarás de la fe de Jesucristo por cuantos tormentos puedas inventar.

Fuera de sí Aureliano, viéndose concluido con tan sabias reconvenções, despues de haber probado la constancia de la Santa con varios tormentos, pronunció la siguiente sentencia: Muera Balbina habladora, no sea que seduzca al pueblo despues de su error. Ejecutóse la providencia en el día 30 de marzo del año 120, y pasó la ilustre mártir á gozar los premios de su

inclita confesion. Su cuerpo fué sepultado en el cementerio de Prestato en el camino Apio, llamado despues de Sta. Balbina, con motivo de la iglesia que en su honor construyó en el S. Marcello pontifice, donde por tradicion antigua se cree conservarse el cadáver de la Santa con el de S. Quirino su padre, y otros cinco santos desconocidos.

EL BEATO AMADEO, DUQUE DE SABOYA.

EL beato Amadeo, duque de Saboya, noveno de este nombre, fué hijo de Luis II y de Ana, hija del rey de Chipre. Nació en Tournon, á 1.º de febrero de 1435. Parece que fué como presagio de su futura santidad la estraordinaria alegría que causó el nacimiento de este príncipe; y los esponsales de futuro, que poco tiempo despues de su nacimiento contrajo con Violante, hija del rey de Francia, fueron dichoso nudo de la paz que anhelaban con ansiosos suspiros todos los pueblos.

Quiso la duquesa su madre tomar á su cargo la primera educacion del príncipe su hijo; y dejando al duque su padre el cuidado de criarle segun la grandeza de su nacimiento, ella tomó al suyo el irle poco á poco formando segun la santidad de su religion. Los primeros principios en que le imbuyó, fueron las máximas del Evangelio; y el santo temor de Dios fué el primer fruto de estos principios. Sobre todo se dedicó la virtuosa duquesa á inspirarle un santo horror á todo lo que podia ser ofensa de Dios; y previniéndole con tiempo de los peligrosos lazos que el mundo arma á la inocencia de los grandes; de las vanas ideas de grandeza con que los entretiene y lisonjea; y de las importantes máximas de la religion de que el mismo mundo procura desviarlos; iba cultivando aquel entendimiento y aquel corazon que habia prevenido el cielo con dulces bendiciones, y que algun dia, mediante la divina gracia, habia de ser modelo de príncipes virtuosos.

Dejóse conocer su piedad casi desde la cuna, y desde el mismo tiempo fué su virtud dominante la caridad con los pobres. Nunca mostró gusto á los entretenimientos ordinarios de los niños, y ninguno se le daba mayor que el que le enseñaba alguna nueva devocion. Mas le gustaba una misa que todas las diversiones del mundo; y para descansar de las tareas del estudio, tomaba un libro devoto, ó se retiraba á hacer oracion.

Entre el esplendor y las delicias de una de las mas brillantes cortes de Europa, conservó su corazon sin que los engaños le sorprendiesen, ni las delicias le estragasen. Alimentaba la virtud y la inocencia con la frecuencia de sacramentos, y con penitencias



B. AMADEO.

ocultas, que servian de antidoto al contagioso inficionado aire del mundo.

La materia mas comun de su oracion era la pasion de Jesu-cristo. Enterneciase con solo ver un crucifijo, y derramaban sus ojos dulces lágrimas á vista de este doloroso espectáculo. Cuando se paseaba por los jardines de palacio, se le veía unas veces de rodillas, otras con los ojos y las manos levantadas al cielo, y otras interrumpiendo el paseo con algunas genuflexiones, mezclando siempre la diversion con la devocion.

No hubo principe mas amado, ni que mas mereciese serlo; porque ninguno hubo que supiese unir mejor la afabilidad con la grandeza. Su semblante siempre risueño, sus ojos siempre apacibles, su aire siempre majestuoso, pero siempre humanísimo, le hacia dueño de todos los corazones, conciliándose al mismo tiempo el respeto de todos. A los diez y siete años de su edad se casó con Violante de Francia, hija de Carlos VII y hermana de Luis XI, á quien estaba prometido desde la cuna.

Fué matrimonio felicísimo. No pudieron estar mas unidos los corazones de los dos esposos, porque no podian ser mas parecidas sus inclinaciones. Era Violante una princesa dotada de un gran fondo de piedad; y en las virtudes del duque halló cuanto podia desear para edificarse, para instruirse y para aprovecharse. A vista de ejemplos tan soberanos se reformó en poco tiempo toda la corte de Saboya. De nada se hacia tanto alarde como de ser y de parecer cristiano, teniendo delante un principe tan religioso. Estar con menos compostura, con menos respeto en el templo; hablar de la religion con poco aprecio; gastar conversaciones menos compuestas, ó no tan cristianas, era incurrir irremisiblemente en la desgracia del principe. Solo reservaba la severidad, solo se mostraba inexorable, cuando se atravesaban los intereses de Dios.

Aunque fuese el ministro mas importante, el oficial mas necesario, el criado de su casa de mayor autoridad; si era disoluto, ó de escandalosas costumbres, bien podia darse por despedido de su servicio. Era máxima suya que ante todas cosas debia servirse á Dios, y que la religion habia de ser la regla de la política. Sobre este principio se gobernaba á sí, y gobernaba sus estados.

A la oracion de la mañana se seguia una hora de leccion espiritual; á ésta la misa, oida con tanta atencion, con tan profunda reverencia, que era dictámen, y dicho muy comun en la corte, que bastaba ver al duque de Saboya oír una misa, para que el corazon mas tibio se encendiese en devocion. Concluidos estos ejercicios espirituales, entraba en el consejo, donde ante todas cosas

se despachaban las causas de los pobres, de las viudas, y de los huérfanos. Allí se quitaba la máscara á la injusticia, y que nunca se quedaba sin castigo. Allí entraba la inocencia con segura confianza de encontrar asilo á los pies de aquel justificado tribunal.

Pero su bella pasion dominante, ó por mejor decir, su virtud favorecida, era la caridad con los pobres. Parecia no tener otros cuidados ni otra ocupacion que la solicitud de aliviarlos y de socorrerlos. Su mayor gusto era distribuirlos él mismo la limosna por su propia mano; persuadido á que lo que se hace con ellos, se hace con el mismo Cristo. Cada dia daba de comer á gran número de pobres en su palacio ducal; los mas andrajosos y los mas hediondos eran los de mayor atractivo para él, sirviéndolos á la mesa por su misma persona. Diéronle á entender algunos cortesanos que abatia con exceso su soberana autoridad; pero el santo duque los preguntó: *¿Si creian al Evangelio? pues acordaos, añadió, que Jesucristo asegura que lo que se hace con el mas mínimo de estos pobrecitos, se hace con su divina persona.* Representáronle los ministros que sus excesivas limosnas tenian exhausto el erario, y que seria mejor emplear aquellas cantidades en fortificar las plazas y en mantener buen número de tropas, que en mantener vagabundos. *Alabo vuestro zelo,* respondió el duque; *pero tened entendido que los pobres sustentados por el principe, son las mejores tropas y las mejores fortificaciones de un estado; no habiendo arbitrio mas eficaz ni mas seguro para que reine en él la abundancia, que hacer largas limosnas á los necesitados.*

Preguntóle en cierta ocasion un embajador si mantenía su alteza real numerosa trailla de perros, y si gustaba mucho de la caza. *Mucho me gusta,* respondió el discreto principe: *pero la caza en que me divierto es muy especial, y quiero que el señor embajador vea sus equipajes.* Diciendo esto abrió una ventana que caia á un gran patio, donde se daba limosna á quinientos ó seiscientos pobres, y mostrándoselos con la mano: *Mire allí el señor embajador,* añadió el caritativo duque, *la caza que á mí me gusta.*

Oyendo un dia las quejas de un pobre oficial por cierta nueva contribucion que se habia impuesto, preguntó á sus ministros si se podia aliviar al pueblo de aquella carga; y como estos le hiciesen presentes las urgencias del estado, el santo duque se quitó prontamente el preciosísimo collar de la órden militar que traia puesto, y haciendo que se redujese á dinero para acudir á las necesidades mas urgentes, mandó que se aboliese aquella contribucion.

Llamábase á la Saboya el paraíso de los pobres, porque todos

eran bien recibidos del caritativo duque. Fuera de los muchos hospitales que fundó, y de otros á quienes consignó mayores rentas, aun se conservan hoy en el Piamonte y en la Saboya grandes monumentos de la magnificencia del religioso y santo príncipe.

Hizo á Roma un viaje de incógnito para visitar aquellos santos lugares, y para satisfacer con mayor desembarazo su fervorosa devoción. Dejó grandes dones á la iglesia de S. Pedro, y á otras; los que aun el día de hoy son testimonio de la piadosa generosidad y de la grande alma de nuestro religioso duque. Muchas veces fué á pie con la devota duquesa á Chamberí para tributar sus reverentes cultos al santo Sudario, que se venera en aquella ciudad.

Creyóse á los principios que su valor no correspondia á su virtud; pero presto enseñó la esperiencia que los principes mas santos no son los menos valerosos. Haciendo el Turco cada dia nuevas conquistas en tierra de cristianos, se convocó en Mantua una dieta para deliberar sobre los medios de poner freno á su orgullo, y detener la rapidez de sus conquistas. Habló en ella Amadeo como gran príncipe, como príncipe generoso, y como príncipe cristiano. Ofreció sus tropas, sus tesoros, y su misma vida, admirando su determinación y su zelo á los que no tenían tanto valor, ni tanta virtud como él.

Teniendo noticia del peligro en que se hallaba su hermano el rey de Chipre de ser atacado de los bárbaros, tomó la cruz, levantó tropas, juntó un poderoso ejército, y contuvo los intentos del sultan.

Era magnifico cuando lo pedia la ocasion, no obstante de ser enemigo de la profanidad; y quedó asombrada la corte de Francia de los suntuosos equipajes con que se dejó ver en ella. Pero nada prueba tanto su cristiana generosidad, como su facilidad no solo en perdonar injurias, sino en olvidarlas. Habia declarado la guerra al beató Amadeo, Galeazo Esforcia, duque de Milan, y pasando este príncipe por la Saboya disfrazado, fué reconocido y hecho prisionero. Luego que lo supo el santo duque, despachó un correo, dando órden para que al punto se le pusiese en libertad. Esta accion hizo mas ingrato al duque de Milan, y fué ocasion de que pareciese mas generoso el duque de Saboya; porque en lugar de despojarle de sus estados, como pudo hacerlo fácilmente, quiso concluir con él una paz estable, y para afianzarla mas le dió por mujer á su misma hermana.

Habiendo hecho algunas incursiones en las fronteras de Saboya el duque de Borbon y el marqués de Monferrato, experimentaron á la verdad la clemencia de nuestro duque; pero fué des-

pues de haber probado muy á su costa que no está reñida la santidad con la valentía.

Tuvo el mayor cuidado de que los príncipes sus hijos fuesen criados segun su religion, y como convenia á su elevado nacimiento. No habia en la Europa corte mas brillante, ni mas bien arreglada; reinaba en ella la justicia con todos sus derechos, estendiéndose sus dominios á todos los estados del vigilante duque, y se llamaba el siglo de oro el siglo de Amadeo. No solo estaba desterrado el vicio de la corte del virtuoso príncipe, pero ni aun hallaba abrigo en alguna de sus provincias; y la piedad cristiana, sostenida de tan gloriosos ejemplos, dominaba en todas partes con religioso esplendor.

No parecia fácil que pudiesen ser menos cristianos los vasallos de príncipe tan santo. Su aire, sus modales, sus conversaciones, su semblante, inspiraban respeto y amor á la religion de que estaba lleno su corazon. Continuamente estaba unido con Dios; todos los objetos que se le presentaban, los que mas golpe daban á los sentidos, esos eran los que mas le elevaban á la presencia de su Autor. Fuera de esta perpetua aplicacion á las cosas divinas, todos los dias tenia horas destinadas para dedicarse únicamente á mayor recogimiento. Su devoción á la santísima Virgen era tierna y afectuosa; llamábala siempre su querida madre, y no omitia medio alguno para ser su digno hijo.

Pero ninguna cosa hace al parecer formar idea mas justa y mas cabal de la heroica virtud de este piadosísimo príncipe, que el perfecto rendimiento con que se sujetó á las disposiciones de la divina Providencia. Toda la vida padeció accidentes de epilepsia; y siendo una enfermedad tan sensible como vergonzosa por los impropios movimientos que causan las contorsiones, solo sirvió para acendrar mas la virtud de nuestro Santo, que la recibia como particular beneficio del cielo. *Nada aprovecha tanto á los grandes, decia muchas veces, como las enfermedades habituales, porque sirven de freno para reprimir el ardimiento de las pasiones. Las aflicciones personales, añadia, mezclan cierta saludable amargura en los gustos de la vida, que los hace poco apetecibles, y obligándonos á volver los ojos á Dios, nos acercan mas á su Majestad.* Nunca perdió la paz de su corazon en medio de los mas rigurosos insultos de su penosa enfermedad; y como si ésta no bastára para contentar las fervorosas ansias que tenia de padecer por amor de Dios, mortificaba su carne con abstinencias, con frecuentes ayunos y con rigurosas penitencias.

Consumido en fin á violencia de estos inocentes rigores, conoció que el Señor queria terminar el curso de sus dias, de los

cuales se puede decir que ni uno solo dejó de hallarse lleno en sus divinos ojos. Prevínose con extraordinario fervor para la última hora. A la primera noticia de su grave enfermedad se cubrieron de luto toda Saboya y todo el Piamonte; no se oían mas que sollozos, alaridos y lágrimas; no se veían mas que procesiones y rogativas, clamando á Dios por la salud del amadisimo príncipe. Solo él se conservaba tranquilo; y habiendo declarado por regenta de sus estados á la duquesa su mujer, hizo llamar á su cuarto á los principales señores de la corte que se deshacían en llanto, y les dijo estas pocas palabras: *Mucho os recomiendo á los pobres; derramad sobre ellos liberalmente vuestras limosnas, y el Señor derramará abundantemente sobre vosotros sus bendiciones. Haced justicia á todos sin aceptacion de personas; aplicad todos vuestros esfuerzos á que florezca la religion, y á que Dios sea servido.* Enternecido con las lágrimas de los circunstantes, no pudo proseguir; calló, y lo que le restó de vida, no habló mas que con su Dios. En fin, el dia 30, ó 31 de marzo de 1472, habiendo recibido el santo Viático y la Estremauncion con aquella devocion, y con aquellos fervorosos actos con que terminan los santos su gloriosa vida, murió en el palacio de Verceli á los treinta y siete años de su edad, y fué enterrado en la iglesia de S. Eusebio debajo de las gradas del altar mayor, como él mismo lo habia dejado dispuesto. Estaban todos tan persuadidos de su eminente santidad, que los prelados que asistieron á los funerales, estuvieron por mucho tiempo indecisos sobre si dirian la misa de difuntos, y al fin tomaron este espediente. El arzobispo de Taransia, por conformarse con el rito de la Iglesia, cantó la misa de *Requiem*; pero el de Turin celebró misa votiva de la Virgen, y el obispo de Verceli la del Espíritu Santo. Habiendo Dios manifestado las grandes virtudes de su siervo con grandes maravillas que obró por medio de él durante su vida, declaró su eminente santidad con gran número de milagros que obró inmediatamente despues de su muerte. El obispo de Verceli refiere ciento treinta y ocho, todos muy ilustres, especialmente en los que adolecían de accidentes epilépticos. S. Francisco de Sales aseguró al papa Paulo V, que todos los dias obraba Dios nuevos milagros en el sepulcro del santo duque. Esto movió con el tiempo al papa Inocencio XI á dar licencia para que se rezase el oficio, y se celebrase la misa en honra del beato Amadeo en todos los dominios del duque de Saboya; y dentro de Roma en la iglesia de la nacion. No se ha entibiado en el dilatado espacio de casi tres siglos la devocion de los pueblos al beato Amadeo, ni la gran confianza que tienen en su po-

derosa intercesion. Son muy contadas las ciudades, villas y lugares de Saboya y del Piamonte, donde no se vean monumentos de la grande veneracion que todos profesan á este bienaventurado príncipe, y donde no se esperimenten visibles efectos del mucho valimiento que tiene con el Señor.

SAN AMÓS, PROFETA.

LA Iglesia celebra la memoria de este santo profeta como de un mártir. Amós, como él mismo dijo, fué uno de los pastores de Thécue, pueblo cercano á Belen. Dios le sacó de entre el ganado como á otro David, y llenándole de su espíritu, hizo que profetizase en Bethel, dos años antes del terremoto, cuando reinaba Jeroboam en Israel y Ozias en Judá. Algunos fijan sus profecias en el año veinte y tres del reinado de Ozias, esto es, en el de 3216 del mundo; las cuales tienen grande conformidad con las de Oseas, tanto en el tiempo como en las personas á quienes iban dirigidas, que principalmente fueron las diez tribus, y asimismo en el argumento de ellas. Amós pues íntima primeramente los juicios de Dios á diversas naciones profanas que molestaban á los Israelitas, y eran los Filisteos, los Idumeos y los Moabitas, declarando sus pecados, por los cuales tenían indignado á Dios: y despues se vuelve contra el mismo Israel, amenazándole de un final y próximo esterminio, á causa de sus idolatrias, violencias, injusticias, disolucion y universal corrupcion de que estaba inficionado todo el pueblo: amenaza en particular á los magnates y gente poderosa de Samaria, llamándolos vacas gruesas, porque no solo pecaban idolatrando, sino afligiendo y maltratando á los flacos y pequenuelos del pueblo: confirmando sus profecias con diversas visiones, y consolándole por último con la promesa de la salud y restauracion eterna de los residuos que quedarian de los escogidos por la gracia del Mesias.

Mucho tuvo que sufrir Amós por las reprensiones, profecias y amenazas que pronunció. Amasias sacerdote de Bethel le acusó de rebelde, y le persiguió y afligió cruelísimamente; y Ozias hijo de Amasias, le hizo por último quitar la vida. La Iglesia usa de la profecía de Amós en las lecciones de los maitines de la feria quinta de la cuarta dominica de noviembre.

SAN PEDRO, SOLDADO Y ERMITAÑO.

AUNQUE no consta por que tiempo floreció este santo confesor español, podemos reducir su nacimiento á los últimos tiem-